

Nadie Se Dará Cuenta

Una Historia Verídica



Por Edith Gingerich

Era un día sofocante en que los muchachos no tenían nada con qué ocuparse. Enrique y Pablo estaban recostados en la sombra del gran encino, chupando hojas de zacate y mirando unas nubes blancas que lentamente atravesaban el cielo.

“Ojalá que tuviéramos algo que hacer,” dijo Pablo, “algo diferente – algo emocionante. Pensemos bien. Tal vez se nos ocurre algo.”

“Yo sé. Se me vino una buena idea,” dijo Enrique. “Escondámonos tras el establo y juntemos un fuego. Siempre me encanta ver a una fogata. Pablo, tú vas a traer un bote de gasolina del tanque de Papá. Con eso el fuego agarra más luego. Yo voy a la cocina por fósforos. ¿De acuerdo? ¡Vámonos!”

“¡Qué alegre!” exclamó Pablo. Salió corriendo para traer la gasolina. Le costó bajar la manguera para llenar su bote, y una vez bajada la manguera pesada, le costó cerrar la llave y mucha de la gasolina se derramó en el suelo. Su conciencia le reprendía, pero pensó: “La idea no fue mía. Fue de Enrique y él es mayor que yo.”

Lentamente Enrique se acercó a la casa intentando idear un plan para sacar los fósforos sin que Mamá se diera cuenta. Despacio subió las gradas a la puerta de la concina y tal como temía, allí estaba

Mamá. Nervioso la saludó: “¡Qué día más caluroso! ¿Verdad? Me dio sed y tengo ganas de tomar un vaso de agua,” dijo él llenando un vaso del chorro.

Precisamente en ese momento, Arnoldo el nene, comenzó a llorar en el dormitorio y Mamá salió para atenderlo.

Entonces Enrique pensó: “¡Qué buena suerte!” Agarró la cajita de fósforos que estaba cerca de la estufa y vaciando la mitad en su mano, salió corriendo. Se sintió algo nervioso, pero, “¿Por qué apenarse? ¡Qué suerte nos tocó! ¡Y por un poco de alegría! Pero, claro que vamos a tener cuidado.”

Pronto se juntó con Pablo quien le estaba esperando en el camino que conducía al viejo establo.

“Todo está listo. Si tenemos cuidado, nadie se dará cuenta,” dijo Enrique y siguió hablando: “¿Sabes qué? Mejor demos la vuelta al gallinero para que Mamá no nos vea. Apúrate, tú. Trae la gasolina.”

Mientras iban queriendo esconderse, atrás del establo Pablo vio un hoyo en la tierra y dijo a su hermano: “Mira, tú. Llenemos este hoyo con monte y zacate seco. Vamos a hacer una antorcha.”

Juntos llenaron el hoyo y cuidadosamente Enrique echó la gasolina sobre su “antorcha”. “Hazte a un lado. Sabes que puedes hacer una explosión cuando cae el fósforo. ¡Qué alegre aquí atrás del establo! Nadie se dará cuenta de esto y seguramente nada nos va a pasar. ¿Verdad, Pablo?”

Pablo echó el fósforo prendido que cayó sobre el hoyo e hizo una explosión.

“¡Qué alegre!” gritó Pablo al ver la gran llamarada.

“Mejor que estar recostado bajo el encino sin nada que hacer. Mira, tú. Mejor echa ese bote allá entre el monte para que no lo miren.”

Pablo se alistó a tirar el bote, pero se trabó en su pantalón y en vez de desaparecer entre el monte, dio contra la canilla de Enrique. Un poco de gasolina se había quedado en el bote. Eso salpicó la ropa de Enrique quien está demasiado cerca del fuego. Su pantalón agarró fuego haciendo otra explosión.

“¡Apúrate!” gritó Pablo. “Corre al río y métete en el agua”. Sin saber qué otra cosa hacer, Enrique salió corriendo con el fuego consumiendo toda su ropa. Al llegar al río se metió en el agua. Ciertamente el fuego se apagó, pero, ¡qué gran dolor! Se dio cuenta que casi toda su ropa quedó deshecha. “¿Y qué va a decir Mamá?” Pero no era el tiempo de pensar tales cosas. Agarraron camino a casa porque el dolor de Enrique era inaguantable. Grandes ampollas se habían formado en su piel.

Dos muchachos muy serios se acercaron a la casa y entraron a la concina para enfrentarse con su mamá y pedirle que curara sus quemaduras. Enrique estaba llorando amargamente y a Pablo le dieron ganas de hacer lo mismo.

Mamá salió corriendo del dormitorio habiendo atendido a Arnoldito para darse cuenta de lo que había pasado. Angustiados los dos muchachos confesaron a su madre su pecado. Mamá no tenía medicina que echarle a las quemaduras, solamente un poquito de crema que le servía para el nene.

¡Oh! ¡Qué terrible dolor! Enrique corrió cuarto en cuarto gritando. ¡Qué dolor más fuerte! Pero igualmente dolorosa era la reprensión de su corazón. “Ojalá . . . ojalá que no lo hubiéramos hecho.” Y se

le vino a la mente el versículo que había aprendido en la escuela dominical que dice: “Sabed que vuestro pecado os alcanzará.”

Aquella tarde el médico llegó para atender a Enrique y le contó que algunas de sus quemaduras eran del tercer grado. Las ampollas crecieron a ser tan grandes como su puño.

Las heridas de Enrique, después de muchas semanas, se sanaron – pero ¡cuán intenso era su sufrimiento!

Enrique ahora es hombre casado, pero lleva todavía las cicatrices como recuerdos de sus malos hechos.

Fijémonos en la lección de esta historia, Niños y Niñas. Nunca conviene hacer las cosas escondidas de Papá y Mamá, y por favor ¡POR FAVOR! Nunca, ¡NUNCA! jueguen con el fuego.